

LADISLAO GRYCH

MI MISERICORDIA SOBRE VUESTRAS VIDAS ⁽¹⁹⁾

Por una Comunidad de la Divina Misericordia, la que llevo en mi corazón.

Luego de predicar en la Comunidad del Espíritu Santo, antes del Día de Pentecostés, del año 1994, vuelvo a la Divina Misericordia; creo que las vivencias con el pueblo que espera la Venida del Espíritu, están en este ensayo como postergadas; es que, una vez perturban mi corazón, otras veces se hacen una luz para ir expresándome.
El ensayo está escrito en Florida (Uruguay), mientras predico la Novena de san Cono.

PROLOGO

Al comenzar la Novena en un lugar tan sagrado, como el de Jesús Misericordioso, deseo hablar de las vivencias que hasta ahora las he guardado en mi interior.

Todo empezó en el año 1982; fue un domingo, 17 de enero; después de la misa me invitaron a llevar la Comunión a una Señora mayor de edad; y como ella supo de dónde yo había venido, me entregó un folleto con la Imagen en la tapa, que no me era desconocida para mí.

"¿Usted la conoce?", me preguntó, "*sí, la conozco*".

Mi corazón volvió a mi pueblo, donde había visto una tierna Imagen de Jesús en aquel tiempo de mi Primera Comunión; pero luego la Imagen desapareció de la iglesia, y no hubo ni una palabra que diese los motivos de retirarla.

La Señora me entregó el folleto, como si supiese que debía hacerlo.

Pasaron unas semanas, no muchas; por aquel tiempo, surgía el barrio Río Atuel, e iban entregando las casas.

El Señor Obispo tuvo la intención de que me ocupase de ese Barrio, y para comprometerme aún más, me preguntó por el nombre de la capilla para la comunidad; como me daba cierta libertad para elegirlo, así que le dije: "*Divina Misericordia*"; entonces, me entregó dos folletos más.

El tiempo pasaba, y la Comunidad esperaba mi explicación; no les gustó el título, ¡cómo podría agradecerles!, pues, ¿quién sabía de Jesús Misericordioso?; y no fue el santo de nuestras tierras.

La Comunidad me reprochó, y tuvo razón, por no consultar a nadie, tampoco le di explicaciones; sólo le dije que algún día se lo iba a aclarar.

Como tenía tres folletos, aún podía prestar dos de ellos, a las personas que me los pidiesen; fue un texto traducido por un sacerdote croata, ya fallecido; el escrito fue hecho para su Comunidad en Buenos Aires, y luego aquel sacerdote envió los folletos a los obispos y ellos, por lo menos algunos, los entregaron a los enfermos.

Esta vez, entregué los folletos a dos personas, porque me lo pidieron; una de ellas vive en el Barrio; en pocos días, las dos me expresaron que querían hacer la novena a Jesús Misericordioso; y no sé por qué me lo dijeron; es que la hicieron en forma privada.

Las dos personas habían estado muy mal de salud, y ambas quedaron agradecidas a Jesús Misericordioso por las gracias; en uno de los casos, los médicos no sabían explicar cómo la enferma superó la operación para volver a una vida sana, porque esperaban la muerte.

A los datos que se refieren al caso, los envié a las Religiosas de la Congregación, en la cual había estado la Hermana Faustina; quizás, sirvieron para su beatificación; y lo cierto es que no necesité explicar nada, y la devoción empezaba a injertarse. No se habló de esas gracias, pues no era necesario; pero se sintió la fuerza que sostenía el culto; pues, los que recibían gracias, llevaban la devoción a los hermanos.

Después llegaron otros folletos y las medallitas; luego, la Imagen de Jesús Misericordioso; por un tiempo, la Imagen se quedó en la Iglesia de la Virgen de Luján, y muchos se sentían bien con ella; y cuando se la trasladó al Barrio Río Atuel, varios fueron tras ella, eran unos más; porque hubo algo fuerte que atraía, en la mirada de Jesús, y su bendición llegaba a los corazones.

La Imagen queda en una de las salas de catequesis, adaptada como una capilla; espera su Iglesia, mientras que el pueblo

sigue recibiendo la bendición; ya está en los corazones de muchos, y sólo hay que vencer los obstáculos y más aún, en los casos como éste; pero todo llega a su tiempo.

+ + +

La cruz es de piedra y de cemento; la levantaron los hombres en los días de calor.

Ellos, con el sudor, ganaban el pan para sus familias, quizás sin saber que estarían levantando la cruz para Jesús.

Cuando llegue la hora, colgarán la Imagen y Jesús no bajará más; ¿será su lugar de gloria, para siempre?

¿Será muy alta la cruz de Jesús?

Entonces, ¿quién llegará con la lanza?

El corazón ya está abierto; quien quiere mirar que venga.

Ya pueden venir en los días de sol y de lluvia.

En una carpa sagrada descansa Jesús; quien quiere verlo que venga, vengan todos.

Y los que no quieren venir, que también vengan.

Cuando aparezca el sol de tarde, que sus rayos descansen en la cruz; el sol le dará sus últimas caricias del día.

En ese tiempo, la ofrenda será por una nueva Alianza con el Pueblo, que vendría aquí de todas partes.

Y Jesús pondrá su mirada sobre nuestras vidas.

Ya se acerca la noche del mundo, es larga.

Danos tu luz, Señor, para cruzarla.

Que tu luz ilumine los pasos para llegar a los hermanos.

No nos dejes en medio de la oscuridad.

El sol de la tarde se va, pero tú, permaneces.

Quédate con nosotros, Señor.

Cuando tu Imagen esté puesta, bajará la luz del Cielo.
Vendrán muchos aquí, hay alguien que les llama.
¿No será que tú Señor, les des las alas para que vengan?
Vienen, te miran, se conmueven; las lágrimas ablandan los
corazones misteriosamente, pues tu luz penetra las entrañas.
Los que vienen aquí, ya no pueden oponerse a tu gracia.

Tu mirada, Señor, traspasa mi corazón.
Tus rayos me penetran; me asusto por lo que presiento en mí.
No obstante, pronto llega tu paz, tu ternura me envuelve.
Entonces, me quedo tranquilo; me quedo contigo, Señor.
Y mi vida sigue girando; si no te pedí que vinieses, con más
razón, estoy bien, pues estás en mi vida.

Te miro, mi interior se impregna; de tu corazón fluye Vida.
Estás presente; el Agua y la Sangre alimentan tu Vida en mí.
Luego de mucho tiempo, mi corazón se alegra como nunca.
Tu Agua y tu Sangre corren por dentro de mi ser.
Mi vida se transforma en tu Vida, Señor.

¡Adónde llegan tu Agua y tu Sangre que pasan por mi ser!
Si me nutren, tu Vida brotará en mi tierra que es pobre, no
obstante, alimentada con tu Sangre y tu Agua.
La enriqueces, la transformas; pues, es tu Vida en mí, en mis
hermanos, en el mundo que será tuyo, Señor.

Florida, 3 de junio de 1994

1. CONTEPLARÁN AL QUE TRASPASARON

Jn 19,38

a. FRENTE A LA VIDA

Hay momentos en la vida que cambian el rumbo en el modo de pensar, de sentir; entre ellos está la muerte, tanto la de los seres queridos como la de los demás; aún, la muerte de los enemigos despierta otra clase de pensamientos, ya más sanos y calmos; mientras que la vida se detiene, hay espacios para poder meditarla; ella misma nos promueve para hacerlo; es la hora del Señor en nuestras vidas.

En muchos casos, con la muerte viene la reconciliación. Luego de las guerras vuelve la paz aún no esperada, mientras que la vida se va aquietando; miramos la cara del ser querido que conocemos desde hace tiempo y viene la paz a nuestro corazón; a pesar de que esa paz inicia otras guerras que debe enfrentar un espíritu inquieto, a veces, muy perdido.

¡Cuántas muertes han pasado por nuestro corazón!; y no sé si estamos en paz con ellas; por eso las sufrimos.

Me acuerdo de alguien que no vuelve al cementerio, y otro, todos los días pone las flores en la tumba de su ser querido.

¿Vendrá la hora de la paz, después de tanto sufrimiento?

Y la paz debe llegar; no importan ni el tiempo ni las luchas, y si viene como postergada, será valorada más aún; y también valen esas luchas, mientras la buscábamos con ansiedad.

Frente a las vidas que se van, el tiempo aún no se detiene en el corazón donde quedan los sentimientos, penas, aún culpas. Me acuerdo de los hijos que, el día de la muerte de su madre en su rostro de paz, hallan el amor; es tan claro ese amor; pero antes veían otras cosas, quizás, las debilidades; hoy

miran y leen bien, con claridad.

¿No sería la hora de la gracia para los hijos?

La madre fallecida está como bendiciéndoles, y ellos hallan el amor en ese último instante.

Llega la hora que nos permite ver todo el camino de la vida, mientras no hay vencedores ni vencidos.

Hemos luchado gastándonos; hoy, tan sólo miramos.

Si la tristeza nos envuelve y hay sensaciones de abandono, de impotencia, el tiempo va forjando un cambio que nos lleva a la paz, si es que la buscamos.

Con tan sólo descubrir el amor tras el rostro que va yéndose, la vida recupera su brillo y vuelve a sus cauces.

¡Qué importante es encontrar el amor tras un rostro, por más insignificante que fuese, en el mundo!

¡Cómo cambia la vida, si descubre el amor!

La misma empieza a pacificarse y hasta un rostro perdido y muerto comienza a vibrar; es el amor que hace resurgir a la vida por más muerta que estuviese, porque no hay muerte para el amor; y quien lo descubre, halla la vida, al vencer su confusión y sus muertes.

La vida frente al amor se despierta, si es que lo ve y lo siente.

Si le cuesta descubrir el amor, cuando lo recibe de veras, resurge al vencer su realidad, el dolor, la duda, la confusión.

Hay un tiempo para descubrir el amor que nos hace resurgir en medio de las cenizas; y si la vida vuelve a las raíces, es porque allí, intuye lo que busca; algún día lo va a hallar.

En fin, en su propio corazón, debe despertarse un amor sano y puro, como el agua de la fuente cristalina.

Para que el corazón lo haga, debe sentirse amado; le llevará mucho tiempo hasta que se aquiete, pero llega donde debe

llegar, al vencer las confusiones en su interior.
¿Y quién lo sostendrá en ese camino?

b. AL RECORRER EL CAMINO

Me acuerdo de una película que me gustó mucho; se trata de un mago que no pudo ver a Jesús en Belén; no obstante, no se dio por vencido y lo siguió buscando.

Cuando se enteraba de Jesús, Él ya iba a otro lado, dejando el rastro de su presencia; de ese modo, el mago recorrió una gran parte de su vida, hasta que logró llegar a Gólgota.

Allí, Jesús ya no camina y colgado, desde la cruz le deja su última mirada; todo es muy grande para él, luego de buscarlo durante muchos años.

Nuestro caminar con Jesús ya tiene su historia; en fin, ¿lo hemos encontrado o seguimos buscándolo?

Como Él anticipa este acontecimiento, va dejando sus señas para poder seguir en el camino sin retorno; aún, Alguien nos fortalece, nos despierta para que le sigamos y así, algún día, llegamos al encuentro nos toca profundamente en las raíces de nuestra existencia.

Recorremos un largo camino con Jesús, del anuncio hasta el gozo cuando nace en nuestro corazón.

Luego le acompañamos en su crecimiento; vemos sus largos pasos frente a las olas, y la gente que viene para escucharlo, sentirlo y compartir con Él, pero en medio de nosotros.

Al recorrer la vida, entramos en nuestro dolor que también es de Jesús; y si cuestionamos su sufrimiento, es porque aún no asumimos el nuestro, y seguimos sus huellas, ¿hasta dónde?

Mientras levantamos la mirada, el camino se muestra aún más difícil; sin embargo, viene la luz que nos ilumina.

A veces, nuestro corazón es muy extraño frente a Él.

En este camino, en fin, llego al lugar donde está la cruz.
Tan sólo falta levantarla con la Vida que tiene su destino;
entonces, ¿sería el último paso de Jesús en el mundo?
Necesito llegar para ver lo que ocurre; si me cuesta entender
la Vida de Jesús, aún, me cuesta comprender la mía; así voy
mirando, contemplando; ¿qué es lo que espero?

No sé qué es lo que voy esperando, porque la confusión es
muy grande; hay un fuerte movimiento e insultos en medio
de la fiesta de un pueblo perdido.

Estoy aturdido por los gritos, y Jesús sigue muriendo.
La gran parte de esta confusión está en mí, con el dolor y los
sufrimientos de mi vida; a pesar de todo, intento ver lo que
pasa, porque no puedo perder nada de la muerte de Jesús.

No puedo perder este gran momento; y por algo presiento su
muerte, como la que vivo en mi interior.

Confundido en medio del bullicio de la fiesta del pueblo, aún
puedo sentir que alguien me despierta; me hace ver mi vida,
en esta hora de la muerte de Jesús.

Le queda un tiempo, no creo que sea muy largo.

¿Qué es lo que pasa en mi corazón, qué espero de la muerte
de Jesús?; pues, mi corazón está muy inquieto.

¿Quién comprendería la paz que emana de la Cruz?

El dolor lo separa; aún está con sus amigos, pero el dolor es
muy grande; no obstante, la paz supera este tiempo.

A pesar de la maldad, del odio y de la gran oscuridad, algo
va llegando a ese pueblo; es porque la paz es grande, jamás
conocida en el mundo.

Aún, Señor, pido tu paz, para los que están por morir, que la
reciban.

La noche se acerca; le abren el costado para que el pueblo pueda ver su corazón sin mancha.

Algo pasa en el pueblo, no es el de antes.

Quien mira el corazón de Jesús, no puede quedarse igual, por más duro que fuese; este corazón cambia a muchos y algún día, cambiará a la humanidad.

Luego de caminar en medio del dolor y la confusión, toda la humanidad llega aquí, para ver el corazón de Jesús; aún sería el inicio de un nuevo tiempo.

2. ¿QUIÉN NOS REMOVERÁ LA PIEDRA DEL SEPULCRO? Mc 16,3

a. DESEO LLEGAR A MIS HERMANOS

Quiero ver a mis hermanos, son muchos.

¿Cómo es su vida?; es triste, aún desgastada por la realidad que habían vivido; muchos ni siquiera intuyen alguna salida como una salvación para ellos.

Voy caminando en medio de las vidas muertas, selladas con piedras; y no puedo entrar ni ayudarlas.

Aún, me pregunto si el mismo Jesús podría salvarlas.

La vida humana es misteriosa; hay muchas cosas que pasan, otras se agregan, y ella llega a lo que no debe llegar.

Si se deja llevar por donde no debe hacerlo, se confunde más aún; luego se encierra, se pone insensible.

¿Quién podría llegar a ella para que se halle en el camino de los verdaderos cambios?

¿De qué modo hablar de Jesús, para que lo escuche?

En ciertas circunstancias casi nadie llega a nuestro corazón; pues, es un tiempo de una soledad extraña, cuando la vida se encierra en los conflictos y nos quedan el dolor y la tristeza; nos encerramos en los fracasos y culpas, tan aturcidos que no escuchamos a nadie, ni a nosotros ni al Señor; es aún, cuando ya no escuchamos al hermano ni a nuestro corazón; así pasa mucho tiempo, pero algún día, debemos hablar con alguien, y en ese tiempo de compartir, está la salvación.

Como el Señor habla siempre, llegamos a oírlo luego de las cosas que pasan; y por algo es así.

¿Cómo actuar frente a la vida que se queda ciega y sorda?

Aún, pienso en un Jesús que es paciente y comprensivo; es

quien devuelve la vista, quien hace oír y caminar; y a veces, reprocha, porque la gente no lo escucha.

Él es el Hijo del Padre, entonces, ¿qué puedo hacer ante los misterios?; si la ceguera es un misterio, aún hay tiempos de ceguera y otros tiempos para ver; si Jesús me ha puesto en el camino, debo vivenciar la oscuridad del mundo, para poder experimentar la gracia de ver, cuando sea la hora.

Llega la hora cuando la vida se abre, siempre por la gracia del Señor. Parece que el pasado, es como si sirviera para que se abriese más aún; pues cuando la vida resurge, el pasado recupera el sentido en medio de una nueva mirada y de la luz que viene abundante.

Mientras tanto, hay que esperar; y no es un tiempo perdido, siempre y cuando termine bien, y el Señor promueva la vida por más destruida que fuese.

Deseo llegar a mis hermanos con la luz del Señor.

Mi corazón quema por dentro; es por la gracia que les llevo, pues necesitan de Jesús.

Sigo esperando hasta que abran las puertas; no sé el tiempo que debo esperar, tampoco desesperarme; es que llegará la hora y estarán abiertas.

Quizás por mucho tiempo, yo había intentado abrirlas; ahora, están por abrirse ante mi llegada.

¿Quién las va a abrir?; me pregunto sorprendido y aún más, agradecido al Señor; ésta es su obra.

Deseo ser un simple instrumento que lleva a Jesús; aún debo llegar a mis hermanos, a pesar de mi corazón tan pobre.

No tengo otra cosa que hacer ni decir, ni tendría sentido; Él es Vida, Paz y Amor, Comprensión y Perdón.

Sólo deseo ser un pobre instrumento de su gracia; quien abre la puerta, recibe a Jesús, si es que lo llevo.

Mi corazón gozará por siempre.

Aún, en medio de las vidas más perdidas, está Jesús.
Si lo vemos, con facilidad llegamos a los hermanos.
Por esa presencia escondida que nos atrae y la respetamos,
los hermanos nos aceptan o, por lo menos, nos respetan.
Se va abriendo el camino hacia el encuentro con Jesús; luego
de tanta muerte, anunciamos su Resurrección en la vida de
los hermanos; el tiempo se avecina.

b. VENGO CON JESÚS

Resguardo la Imagen de Jesús; se detiene frente a la tumba
de su amigo Lázaro; hasta allí, le acompaña la gente curiosa.
Jesús pide que saquen la piedra; y antes de abrir la tumba, le
advierten que el cuerpo huele mal; no obstante, la abren, aún
esperan, y no saben qué va hacer Jesús.
Si no vino antes ni lo sanó cuando estaba por morir, no saben
qué va a hacer ahora; pues Él siempre nos sorprende.

Todos escuchan su palabra que es potente; no sólo toca los
oídos, sino que llega a los corazones.
Quien no la escucha es porque no quiere oírla; la Palabra es
más fuerte que las cegueras del mundo; hasta los ciegos y los
muertos la escuchan.
Nadie puede disculparse, tampoco justificarse; pero los que
escuchan su palabra, encuentran toda la fuerza que necesitan
para resurgir; en ella está el poder de la vida.

Se levanta Lázaro; escucha la Voz que llega a su espíritu, es
como si lo despertase; ¿quién lo entiende?
Si la vida está más allá de la muerte, ¿para qué buscar la
comprensión que sólo ve una pequeña parte de la vida, como
flotando en medio del gran misterio?

Aún más, si lo asumimos, gozamos de la vida aún más allá de lo que vemos, al vivenciar el misterio en nuestra carne.

Al poder comprender lo que hace Jesús, respetaríamos las vidas aún las más confundidas, perdidas y muertas; porque por ellas, viene Jesús para rescatarlas.

La vida se ha perdido, se ha dispersado; se ha transformado en la realidad lejos del Señor; por ella, se detiene Jesús ante la tumba, y hace lo suyo; es tan grande lo que hace Jesús.

Hay vidas que parecen irrecuperables para siempre; aún nos dejan con los brazos cruzados, sin poder hacer nada.

Mientras ponemos los sellos sobre la muerte, nos agobian la tristeza y la resignación; es esa parte triste que preferimos no mirarla y menos, invitar a Jesús; ¿pues para qué vendría?

No obstante, Él viene como forzando su entrada.

¿Le cederemos el paso?

Porque hay muchas realidades muertas por donde Jesús debe pasar; y están las vidas muertas, para que Él las llame; ¿de qué manera resucitarán?

¿Y la vida de mis hermanos, esos perdidos, sin rumbo?

¿Cómo les hablaré de Jesús, para que me escuchen?

Sé que muchos están muertos o van agonizando, pues, si no agonizan sus cuerpos, sus espíritus están casi sin vida.

¿Qué palabra tengo para que me escuchen?

Sigo en el camino, meditando, aún buscando; si Jesús me hizo ver a Lázaro, por alguna razón, quiso que lo viese.

Jesús me hizo resurgir, soy testigo de su obra.

Ya puedo salir a mis hermanos; no tengo otra palabra, sino sólo ésta: que estuve muerto y ahora vivo.

Es la Palabra que había escuchado mi corazón, cuando Jesús elevaba mi vida; y la misma palabra, desde mi vida hallada

en Él, comienza a expandirse en el mundo.
Presiento que Jesús se expande desde mi corazón.

Voy caminando en el mundo de huesos y de cenizas.
Casi no pronuncio nada, sólo llevo tu Palabra en mi corazón.
Presiento que por tu gracia Señor, el mundo cambia; le haces
resurgir a cada instante.
Tan sólo camino, pero tú me hiciste caminar.
Mi vida es tu Vida; y es gracia para mis hermanos.

3. HAN SACADO AL SEÑOR DE LA TUMBA
Y NO SABEMOS DÓNDE LO HAN PUESTO.
Jn 20,2b

a. AL PASAR POR LA MUERTE

Mi vida está llena de mis muertes; ¿qué puedo hacer?
Mientras mi mente gira, voy buscando.
Si me detengo, ya no puedo hacer un paso más, porque mis
esfuerzos se pierden.

¿Acaso hay salidas?; ¿alguna vez, las encontraré?
Si quiero luchar por la vida, ¿hay alguna salida de mi tumba,
que es vacía, fría?
Pero aún vuelvo y al llegar aquí, lo poco de mi ser se apaga.
¿Qué es lo que me pasa?; aún, sé que estoy confundido.

Varias veces intenté huir, incluso emprendí largos viajes.
Por un tiempo, hasta pareció que mi vida se despertaba.
Luché mucho por lo nuevo; pero me veo cansado.
Así, vuelvo a mi tumba; está tan vacía como antes y yo, sin
fuerzas ni ganas de luchar.

Envuelto en mis miedos, me siento sólo.
Hay algo extraño que me rodea.
Las penas son mi alimento, las recibo con lágrimas.
Ellas caen sobre las rodajas de pan, y se van secando.
Los trozos de pan ya no llegan a mi garganta.
Como todo se me pone muy pesado, ni siquiera sé de dónde
saco las fuerzas para seguir luchando.
No obstante, esos instantes me llegan, aún me despiertan; por
alguna razón me llegan, así sigo viviendo, luchando.

A veces, me despierto muy convencido de iniciar lo nuevo;

tengo ganas de luchar, y es como un amanecer alegre.
Como aparecen los nubarrones, vuelvo a lo que fui; aún me
quedo con mi angustia.
¿Hasta qué punto Señor, y cuánto tiempo?

Siempre vuelvo a mi tumba, o es que ella aparece.
Si se disfraza de las cosas en el camino, luego me doy cuenta
de que es ella, con claridad.
¿Por qué me persigue?; no sé explicarme.
Cuando más huyo de ella, más la encuentro; es la misma, aún
más fría, sin sentimientos ni vida.

Al enfrentarla, mi vida se paraliza.
Quisiese huir y no puedo, ni tengo fuerzas para luchar.
Pues, estoy con mi corazón casi muerto.
Me quedo en ese lugar, y no busco.
¿Qué es lo que pasa conmigo, Señor?

En fin, el Señor me hace ver, que hasta que Él no pase por
mi tumba, seguiré aún peor; me dice que mi realidad está
fundada sobre las tumbas; pero Él viene para reconstruir la
vida; y en ese instante, me ha despertado.

b. TE BUSCO, JESÚS

Te busco en medio de mi vacío.
Antes me detenía para ver mi muerte, ahora te busco a ti.
Como no te encuentro, me desespero, pero desde el día que
te busco, viene la esperanza.
Pues todo aparece distinto, si tú estás.

En un campo lleno de muertes, sigo buscándote, mi Jesús.
Antes, creía que las muertes eran para mí, que las debía vivir
solo; hoy, las veo de otra manera, pues me iluminas.

Tan sólo deseo encontrarte en mí; y no importa la hora.

Sé que quieres estar conmigo; por eso vienes a mi vida.
No es sólo para caminar por la tierra, sino quieres descender
a los abismos, y entrar en la oscuridad de mi ser.
¿Por qué recién hoy, lo veo?
Aún, deseo verte en mi parte más débil, más enferma.
¿Por qué recién ahora?

¡Qué distinta hubiese sido mi vida, al haberte dejado entrar
en mi muerte!; no hubiese sufrido tanto, ni hubiese pasado
por las vivencias que me llevaron a los abismos; pues, no
hubiese debido soportar la desesperación ni tanta confusión.
Sin embargo, entras en un momento justo, porque antes no te
hubiese entendido ni te hubiese buscado; ni hubiese valorado
tu presencia, ni tu salvación; vienes cuando debes venir, no
antes ni después.
Te agradezco, Jesús, por lo que estoy viviendo.

Luego de recorrer el camino de las luchas sólo por mi cuenta,
en medio de mi dolor, voy abandonando mis proyectos.
Aún, me queda dejarte todo en tus manos, esperándote, pues
todo viene de ti, Señor.
Y la mano del hermano tendida hacia mí, en medio de mi
desesperación, es tu gracia; si antes no la veía con claridad,
ahora sí, la veo.

Entras, Jesús, en mi vida confundida y muerta.
Vas entrando por mi parte débil y triste.
Si te veo, aún más, siento tu paz, tu ternura.
Me duele mi vida, pero tu amor me envuelve; de esa manera,
me sanas, recuperándome poco a poco.
Y yo, como puedo, te voy dejando mi realidad.
Quiero abrir las puertas, que no haya nada que te esconda; a

mi vergüenza y a mi culpa, a mis sentimientos rotos los quisiese poner ante ti, para que puedas ver, sentir, tocar.
Te necesito.

¿Cuánto tiempo obrarás en mi corazón, Señor?
Pues tu obra es para siempre, desde que comienzas; si sigues obrando, seguirás haciéndolo durante mi vida, levantándome en medio de mis cenizas.
Casi no importa el tiempo, lo que vale es que estás en medio de mis muertes; el tiempo es tuyo, la obra es tuya.
¿Adónde llevas mi corazón que estuvo muerto?
Hoy quiero vivir la hora de tu gracia.

Te doy gracias por tu luz.
Me detuviste ante mi tumba vacía, mientras te buscaba; si me costó encontrarte, es porque no te esperaba ni me animaba a pensar en que pudieses estar tan cerca; pero hubo alguien que me inspiró, y llevó la inquietud a mi corazón.
Estoy feliz por haberte encontrado, por lo que hiciste de mi vida, aún por mis muertes que ya no me molestan, pues en medio de ellas, resurgió tu Vida.

4. NO TEMAN; VAYAN A ANUNCIARLO A MIS HERMANOS. Mt 28,10a

a. NO DEBO CONDENAR JAMÁS

Supongo que habíamos buscado a Jesús en algún tiempo muy apropiado para esa clase de las vivencias; y cuando lo encontramos, aún parecía como si Él nos esperara; nuestra presencia no fue sorpresa para Él; es que se mostró como si entendiese las circunstancias de nuestro acercamiento, pues ve la vida más allá de nuestra comprensión.

¡Cómo nos cuesta hablar de nosotros!

Porque hay realidades que nos duelen, otras nos humillan; a muchas de las vivencias las vamos guardando; algún día, aún quisiésemos compartirlas; pero ¿cómo lo logramos?

No es fácil hablar, mientras nadie nos comprende, nos juzga y cuestiona con dureza; si queremos encontrar una palabra o un apoyo, sólo recibimos un juicio.

Nos hemos juzgado mucho y, ahora, quien nos escucha, si aún agrega un nuevo juicio a nuestro dolor.

Llevamos experiencias de sentirnos juzgados y censurados, humillados y despreciados, y todo para no creer que alguien pueda vernos de otro modo; pues si quisiese demostrarnos una actitud respetuosa, diferente, hasta sospechamos cierta distorsión, lo que no está permitido ni es lógico.

Nuestra lógica es que nos juzguen, castiguen y reprochen; no es que nos comprendan ni que sean misericordiosos, ni que nos acepten como somos, con toda la debilidad.

En el mundo de la condena y del castigo aún seguimos caminando hundiéndonos; no buscamos otra cosa ni creemos que pueda existir.

Si tenemos cierta visión del perdón, de la misericordia, es la que está lejos, como si no fuese para nosotros.

Entonces, ¿cómo podemos reconciliarnos?

Si Jesús no llega, la reconciliación es imposible; la presión de las condenas es tan fuerte que, sin Él, no tenemos fuerzas para levantarnos de las culpas.

Tratamos del corazón que necesita abrirse, no obstante, se encierra, al presentir el reproche.

Nos cuesta creer que aún haya gente que nos escuche sin condenarnos; nos acostumbramos a vivir de tal modo que, si alguien nos escucha con respeto y no condena, es un extraño, injusto ante la vida, porque, ¿cómo puede eludir la condena, si la merecemos?

En fin, quien no nos condena, tiene lo propio del Corazón de Jesús; y es Él que lo transforma para que no condene a nadie, pues es el modo de salvar a la persona.

Jesús nos salva con su amor y comprensión, nos da luz para enfrentar las vivencias por las cuales sufrimos desde hace tiempo; ¿y quién lo comprende en el mundo que no reconoce a Jesús ni como es Él, frente al ser humano?

Condenar es como tirar una piedra pesada, agregarla a otras; es ir ahogando la vida que está como perdida.

Es destrozar la mínima esperanza del cambio, luego de las luchas y condenas; es apagar una pequeña llama de un modo brutal, sin sentimientos.

Es dejarse llevar por el mundo, no por Jesús.

Si Él no llega a lo más hondo del corazón y no lo transforma, siempre vamos a condenar.

No condenar a nadie es lograr la máxima vivencia de Jesús en medio del corazón; es lo que Él puede darnos, después de

la obra que realiza en nosotros; de hecho, es superar una guerra entre los juicios del mundo y el pensamiento de Jesús. Debemos vencer los obstáculos, hasta que nuestro corazón se aquiete, para poder expresar su visión que no condena, por más que el mundo lo presione para que reproche y juzgue; ese corazón aún debe ganar la serenidad frente a un mundo adverso.

b. AL ESTAR CON EL CORAZÓN

Quiero imaginarme a Jesús que escucha con el corazón. Está en medio de la realidad, la presiente profundamente; es tan humano y su amor divino percibe el dolor, la pena y las culpas.

Escucha, quizás, sin agregar palabras; no necesita muchas palabras y si dice, es para transmitir la paz para ese tiempo de abrir las heridas del corazón.

Los que vienen para compartir con Él, se van abriendo poco a poco; es la paz que los abre, y la comprensión les ayuda. Nadie nos escucha ni nos comprende como Él; en ese clima tan extraño, comienzan a respirar los corazones afligidos. No es un clima común en el mundo; no obstante, todo parece tan real; es lo que presentimos y guardamos.

Si todo el mundo y aún nosotros nos condenamos, es porque no aceptamos otra manera de mirar la vida; de todos modos, en lo profundo de nuestro ser, en la intimidad más oculta, está el deseo guardado en silencio, que nadie nos condene. El Señor nos había proyectado para salvarnos en medio de las crisis, porque ese deseo de no vernos condenados rebrota, aún cuando el hombre y el mundo lo ahogan; es imposible destruirlo, porque perderíamos la última instancia que nos lleva a la salvación.

Jesús penetra los pensamientos, toca los sentimientos, llega a la profundidad más íntima de nuestro ser.

Él está más allá de nuestra expresión; y puede llegar a lo más profundo del corazón; pues su luz penetra la realidad y, si llega hondo, despierta los deseos más profundos y aún, la vida en la profundidad, que está como escondida en medio de las vivencias, tras las condenas y los juicios.

Es Jesús que escucha y lee el corazón.

Lograr ver que Él nos escucha y no nos condena, es casi un milagro, pues rompe los esquemas de los que nos persiguen, nos castigan y tuercen nuestra vida.

¿Qué camino debe hacer el hombre desde que escucha, "*no te condenes más*", hasta que realmente lo viva?

Quizás muy largo; es cierto que Jesús siembra un principio de los cambios que llevan mucho tiempo, aún llenos de guerras; pero se abre la perspectiva de lo que nace en su Palabra.

Al oír la Palabra de Jesús, el corazón se aquieta, por más que fuese por unos instantes; de repente, es como si los vientos se calmasen, surge un gran silencio.

Luego, vuelven las tormentas, pero lo sembrado se queda; si le permitimos a Jesús que lo cuide, su Palabra aún crece en medio del corazón, hasta que supere las culpas y condenas que habían alcanzado su gran poder.

Hay que vivir ese tiempo, hasta que se aquiete el corazón una vez para siempre; o por lo menos, encuentre el dominio de sí mismo, que viene de Jesús.

Si alguien, por lo menos por unos instantes, se ve libre de la condena, es porque había recibido una luz del Señor.

Entonces, puede aferrarse a Jesús, en la hora de sus guerras y

tormentas, aún, en medio de las confusiones y oscuridades, hasta que llegue donde el Señor lo desea llevar en el camino de la liberación de la condena.

Es tan grande y tan fuerte la Palabra "no te condenes más".

Es ese Jesús a quien debemos presentar; mientras el mundo lo busca, nuestro corazón lo expresa según sus propias vivencias; pero si hemos perdido la Imagen de Jesús, aún debemos hallarla para nosotros mismos y luego, entregarla a los hermanos que lo esperan, pues Jesús puede salvar a la humanidad.

5. HE VISTO AL SEÑOR. Jn 20,18b

a. ¿CUÁL JESÚS ESTÁ EN MI VIDA?

¡Qué gran sorpresa fue Jesús resucitado!

Él no fue como un vencido por el mundo, sino más bien, un Gran Jesús, luego de superar la muerte; y sorprendió a los que habían vivido con Él, la realidad de cada día, aún los cambios en sus corazones.

¿Cuál Jesús está en mi vida?; ¿Él que enseña en el Monte?; ¿Él que enfrenta a la pobreza y la debilidad?; ¿o más bien, Él de la Resurrección que vence la muerte en mi vida?

Decir que "*he visto al Señor*", es como abrir una ventana, una vez más, porque muchas veces lo hemos encontrado.

Pero, ¿es Él de siempre, o Él que viene cada vez más grande, como abriendo nuevas perspectivas?

¿Qué perspectiva proyecta Jesús en mi vida?

¿Qué es lo que quiere de mí?

Si no comprendo lo que Él espera de mí, pero aún le sigo, Él promueve mi corazón por lo nuevo que viene.

Los primeros discípulos sólo oyeron una Palabra.

Con decirle a Jesús que sí, se abría un misterioso camino.

Él despertó la confianza, aún hubo el misterio que emanaba de su Corazón y los llamaba.

Como el camino era largo, volvían las dificultades; entonces, le seguían como podían y Él, una vez les alentaba, y otras veces les sugería que decidiesen ellos. De este modo, crecía la Imagen de Jesús que los atraía más aún; no obstante, se les quedaba como un Misterio, no sabían ver su Imagen plena.

¿Seguirá creciendo en los tiempos?

Se acercaba la gente que buscaba salud, consuelo y pan.

Él estaba por ellos, con su palabra y su gesto fraterno.
No sé si fue la ayuda que ellos esperaban, si cumplía con sus expectativas, pero les dejaba algunas vivencias; ¿y qué es lo que quedaba en sus corazones?

Ellos vienen a pedir pan; ¿y qué es lo que Él les da?
Quizás, siembra los principios de lo que necesitan y luego, pueden volver a buscar otras cosas; entonces, devolviéndoles con creces, sembraría nuevas esperanzas, haciéndoles crecer de nuevo; porque el encuentro es como una ventana abierta que va a despertar a lo nuevo, y es del Señor.

Él comprendía a la gente de dolor; se arrodillaba delante de la vida; no pasaba de largo, sino que miraba de cerca a los ojos de los caídos; ¿cómo les ayudaba?

A veces, tan sólo respetaba el sufrimiento en medio de las vivencias, que fue un camino de salvación, cuando no sabían levantarse de su debilidad; a la vez, estaba con ellos, en las entrañas de sus pensamientos para darles paz, en medio del dolor y de la cruz.

Hubo aquellos, con su vida triste, que sólo llevaban su cruz; no podían cambiar nada, tampoco abandonar su cruz pesada. La cruz era su debilidad que llegaba a pesar mucho; y es cuando la vida alcanza un rincón casi escondido de donde no sabe salir; no obstante, le queda el tiempo de reproches y de luchas, mientras Jesús está presente.

Ese tiempo y más aún Él, forjan un cambio; en el futuro, se gesta una vida que, en algún momento, debe resurgir; por el momento, se queda sin fuerzas, con el dolor, y está Jesús; pero mañana se abre a la luz, y nace la nueva decisión, pues se despierta el corazón.

Vemos a los hermanos que soportan la cruz; sus vidas están como perdidas en medio de los conflictos; parece que ya no

pueden volver atrás, ni hay caminos para adelante; entonces, ¿cómo podemos ayudarles?

¿Jesús les hubiese abandonado, si por ellos viene?

Cuando la vida los limita y ya no saben qué hacer, Jesús, en medio de sus corazones, siembra su luz; por ahora, viven su guerra entre la vida y la muerte, pero el tiempo prepara lo nuevo, y cuando llegue la hora, la Vida resurgirá y ellos, más aún que otros, darán el testimonio de un Jesús encontrado.

¡Cómo quisiese decirles que Jesús está en sus vidas!

Si no supiera decirles otra cosa, tampoco sería necesario.

Jesús no los abandona; les acompaña, sostiene sus fuerzas de cada día, hasta que nazca lo nuevo y esperado.

Y cuando nazca, sorprenderá a todos; pues, Jesús siempre nos sorprende, aún viene en las circunstancias muy adversas, cuando los hombres no lo esperan.

Te alabo, mi Señor, por tu obra tan misteriosa.

b. QUIERO ESTAR EN TU CORAZÓN

¿Por qué me llama tu Imagen, por qué me atraes?

Aún, clavado en la cruz, golpeado, herido por todas partes.

Si te abren el costado, ¿es sólo para asegurarse de que habías muerto?

Ahora, hasta los más perversos pueden contemplarte, aún ver tu Corazón, sin odio ni venganza, ni resentimientos; en este mundo tan triste, es grande ver un corazón como el tuyo.

Te sigo, mi Jesús; voy entrando cada vez más en tu Vida.

Me haces ver tu Corazón; lo vas abriendo poco a poco, en la medida en que mi vida me permite.

Es tan pobre, pero aún al crecer, me llevas en el camino.

¿Cómo cambiarías mi corazón, si no viese el tuyo?

Lo tengo tan claro.

Hubo tiempos que yo no creía en el amor; ni siquiera podía ver el tuyo, mi Jesús.

Hablé del amor de modo, que no me entendían, nada llegaba a los corazones de los que me escuchaban.

El tiempo fue largo, mi vida fue triste, pasaron días y años, y tú, esperándome, hasta lograr verte con tu Corazón abierto.

Aún, necesitaba vivir ese tiempo; de otra manera, no hubiese podido llegar a lo que eres para mí.

Hoy, te agradezco por ese momento de tu gracia en mi vida, con mi corazón tan duro.

Necesito verte de ese modo; es la hora para mirarte bien.

Luego de ese tiempo, de tus luchas por mi corazón frente a tu Gracia, puedo ver más aún, tu Amor por mí, puro y sano.

Hoy lo comprendo; y descubro tu paciencia, tu comprensión, tu modo de actuar tan respetuoso.

No quisiste apurar ni siquiera un paso; pero todo debía venir, y sabías el tiempo de la vida y de mi corazón.

Comienza a rebrotar mi vida y va creciendo.

Mientras veo tu Corazón, aún estoy lleno de pena y de dolor; se miran los dos corazones; es el tuyo, es el mío, los dos muy apenados; aún recibo tu paz y tu amor, tu comprensión y tu perdón; mi vida se impregna con tu Amor que me salva.

Ahora, siento que comienzo a seguirte; ¿adónde, mi Jesús?

Tu Corazón pleno de paz y de misericordia, desciende de la Cruz para entrar en mí.

Mi corazón es pobre; no obstante, está dispuesto a asumir tu grandeza; y soy como un niño que te dice que sí.

Eres tan grande y estás en mi corazón; aún presiento que tu Corazón me transforma.

Mi vida es como si quisiese hacerse tu Corazón; ¿es real lo

que estoy viviendo?

Y si sueño, por algo debe ser; es parte de tu misión, mi Jesús.

Es como si Jesús recobrase su Vida nuevamente.

Es como empezar por su Corazón que vibra.

Se despiertan la Luz y la Vida, Jesús comienza a caminar.

Es este Jesús a quien veo, es Él a quien vivencio, pues, al ver la Imagen de Jesús Misericordioso, lo comprendo más aún.

Delante de tu Imagen, mi corazón se abre para recibir tu Luz.

Se cruzan nuestras miradas; entras en mi corazón, entran tu

Luz, tu Paz; entres como quieras, te dejo las puertas abiertas.

Lléname de ti, de tu Vida; ¡cómo quisiese caminar por este mundo, llevando tu Luz y tu Bendición!

Pues, si me dejas llevarlas, ¡cuánto bien puedes sembrar en el mundo que te necesita!

Tan sólo quisiese llevar tu paz, tu comprensión, si tú quieres, mi Señor.

6. EN ESE MOMENTO SE LE ABRIERON LOS OJOS Y LO RECONOCIERON. Lc 24,31

a. ¡CÓMO CAMBIA EL SUFRIMIENTO!

El sufrimiento cambia los corazones y las mentes.
Estoy con los discípulos que van a Emaús, tan perdidos en el tiempo; ellos pertenecen a aquél Jesús que murió condenado por el pueblo con sus sacerdotes.
Entonces, ¿seguirán a Jesús, y qué pasará con sus vidas?
Es una pregunta para aquellos que se detienen antes de entrar en el sendero de la cruz, mientras Jesús camina abandonado y aún rechazado

Luego de lo que vivieron con Jesús, y de su mensaje pleno de paz y de amor, se encaminan a Emaús, pues, ¿sería por algo importante, o se retiran del lugar tan hostil para Jesús?
¿Pueden quedarse en Jerusalén, luego de su muerte?
¿Y la enseñanza, tendrá algún sentido luego de este rotundo rechazo?; si han rechazado a Jesús, ¿no harán lo mismo con su enseñanza?; entonces, ¿qué les toca ahora?
¿Tendrán fuerzas para empezar de nuevo?; y no son como aquellos de la primera fila; si no habían cenado con Jesús, antes de su muerte, ¿se ven comprometidos por Él?

En la vida puede llegar ese momento: después de sentirnos comprometidos, nos ponemos al costado cada vez más, para quedarnos lejos de la corriente; así, el Agua del Señor se va estancando; si no nos vemos fracasados, ya no nos sentimos tan motivados como antes.

Es lo que pasa a los cristianos, entre ellos, a aquellos que buscan por distintos caminos; y si hoy están aquí, mañana hacen otra cosa, así siguen en su camino.

Si están confundidos, ¿qué pueden transmitir a los hermanos

que esperan a Jesús?; ¿qué pueden darles, en ese tiempo?

Aparece Jesús como uno más, y camina a la par de la vida; más bien, pregunta por la realidad, como si quisiese enterarse del dolor y de los fracasos.

Si seguimos caminando, nos escucha; hay un buen clima de respeto, de comprensión; nos da su tiempo para ver nuestro modo de pensar, de sufrir, y Él tan integrado a nosotros para poder comprendernos.

No hay que apurar los pasos, pero sí, seguir caminando.

¿Cuánto tiempo hay que escuchar al hermano, que viene con sus frustraciones y fracasos, antes de hablarle del sufrimiento de Jesús? Pues llega la hora cuando el corazón ya está atento para poder comprender; no obstante, necesita ver a Jesús, y aún escuchar sobre su dolor y su cruz.

Mientras el corazón busca a Jesús, en medio del dolor, de la confusión, se unen las vidas y las comprensiones; es como si del sufrimiento de Jesús alguna cosa pasase hacia nosotros, y la vida se hace comprensible, hasta más sensata.

Pero, ¿cuál es ese tiempo, y cuál es el modo de hablar?

Es la vivencia que quiero hallar en mi corazón; es el tiempo de la confusión que me une al sufrimiento de Jesús, a su cruz y su muerte; quizás, necesito hacer un largo camino; pero si deseo crecer como discípulo de Jesús, esas vivencias, la de Jesús y la mía deben unirse, diría cicatrizarse, haciéndose una sola pieza en mi corazón.

Es el tiempo de enfrentar la cruz de Jesús y por medio de Él, mi propio sufrimiento; hay una parte de mi dolor que tan sólo lo puedo asumir con Jesús; de hecho, el sufrimiento y el fracaso son comprensibles sólo con Él; recién hoy, lo veo con claridad, en medio del camino proyectado por Jesús.

Mientras acompaño a mis hermanos, escucho a Jesús y lo que Él me dice; hay algo extraño que pasa en mi corazón, como si Él estuviese en mi interior; siento su dolor, su muerte; aún experimento su presencia en medio de mi realidad.

Es tan distinto lo que me pasa, parece extraño; porque si Él está, todo recupera una nueva visión, ya más clara para mí. Quisiese ver el sentido de mi sufrimiento; ¿no será que Jesús quiera hacerme comprender un nuevo sentido de mi vida?; ¿no sería que lo logra en medio de mi sufrimiento, mientras me hace ver el camino con su cruz?

Frente a ese Jesús casi extraño, se va deteniendo el tiempo de mi vida, el corazón vibra, hay algo nuevo que pasa; Él me habla del sentido de su sufrimiento y mi corazón vibra; ¿es porque mi sufrimiento lo había asumido?

Ahora, se abre mi vida, en medio de mi dolor asumido con la comprensión que me da Jesús.

¡Cómo entra Él en mi sufrimiento y en mi corazón!; parece que necesitaba sufrir tanto, para poder entrar en mi vida, así como lo había hecho.

b. VUELVO A MIRAR

Cuando la vida se aquieta, hay otra perspectiva del pasado; ya no es lo mismo lo que antes era el dolor, la angustia.

El tiempo ordena; más bien, el Señor va ordenando una vida desgastada por el dolor y la desesperación.

Es bueno mirar todo el pasado con sanos sentimientos y con pensamientos de paz que dan una nueva perspectiva, real.

Con el tiempo, hay que recuperar el pasado, para un bien aún más grande.

¡Cuánta realidad debe liberarse del miedo, de la pena, de los

resentimientos!; es lo que habíamos vivido en aquel tiempo de dolor, de confusión; y fueron esas vivencias más fuertes que nosotros, aún quebraban nuestro espíritu por dentro.

¿Qué habría pasado con nuestra vida, si el Señor no hubiese estado, en aquel tiempo?; no obstante, Él nos permitió pasar por esas experiencias, para saber ver y valorar otro tiempo, al vencer el miedo y las angustias, al superar nuestra debilidad frente a la prepotencia que nos parecía injusta.

El odio y la venganza son sentimientos del mundo; y son tan fuertes que, si nos descuidamos, invaden nuestro corazón como aguas sucias; luego, llevan mucho tiempo para sacarlas del interior; por eso debemos estar atentos, vigilar la vida del espíritu; es decir, cuidar las vivencias, aún alimentarlas con el Señor, entonces, no sólo frenamos las olas que vienen de afuera, sino más bien, Él promueve nuevas fuerzas contra el odio, la venganza; así llegamos al mundo de los hermanos, para llevarles la gracia del Señor.

El enfrentamiento entre el bien y el mal viene tan misterioso, cuando Jesús muere en la cruz, pues, se juntan las fuerzas del mal, el odio y el orgullo, aún la prepotencia y la dureza del hombre con sus intereses bajos; y del lado de Jesús, la paz y el perdón, la comprensión y la misericordia tan infinitas.

Jesús comprende su tiempo y el del mundo, y lleva su cruz, la que el mundo le entrega, para que llegue al lugar donde vence al mundo perdido.

A su actitud, ¿la comprenderá el mundo?

Todo tiene su tiempo; es el tiempo de Jesús, será también el del mundo, pero la realidad y los hechos no están en vano; si no todos lo ven, mañana será su turno; llegará la hora para comprender a Jesús y a la realidad del mundo.

Y no importa el tiempo; suele ocurrir que cuando la luz

tarda, se hace aún más grande, y la obra de Jesús aún más clara.

Jesús me enseña cómo ir venciendo mi corazón resentido, lleno de preocupaciones y de miedos; mientras mi interior se enfrenta en el mundo, Jesús lo va venciendo.

Es el camino de paciencia y más aún, de la plena confianza puesta sólo en Jesús; así voy caminando hasta que Él llegue a reconstruir mi corazón y mis vivencias, hasta que tenga paz y serenidad, para poder enfrentar el odio del mundo.

Entonces, puedo partir con su mensaje.

Comienzo a comprender que la guerra que estoy viviendo en mi corazón, tiene un sentido aún más profundo, en el camino donde Jesús me espera, siempre en su tiempo.

Hoy agradezco al Señor por los resentimientos y culpas, y el sufrimiento de mi corazón. Si bien, no son cosas que me agradan, en fin, pueden servir para que la gracia de Jesús se manifieste en mi vida, más aún, por la misión que me espera; pues sin vivir el pasado, no podría hablar del dolor como Jesús quiere que hable; no buscaría cómo enfrentar el mundo, con la serenidad que Él espera de mí; es que Él me enseña a comprender el odio, a asumirlo en paz, para salvar a los que odian.

Quiero recorrer el camino, ver cómo cambia mi vida; ¡cuánta guerra y cuánto dolor ha vivido mi corazón!; aún, agradezco al Señor, por lo que he pasado, pues sin esas vivencias, no hubiese podido expresar lo que nace en medio de mi libertad interior; y Jesús me enseña a enfrentar la indiferencia y la injusticia, el odio y el desprecio, a guardar paz para poder enfrentarlos con la misericordia en mi corazón.

Pues, la misericordia es la comprensión más profunda que viene de Jesús enviado por el Padre.

7. USTEDES SON TESTIGOS DE TODO ESTO.

Lc 24,48b

a. CONTEMPLANDO EL CAMBIO

El tiempo entre la última Cena y la Resurrección no es largo, pero está lleno de acontecimientos; para los discípulos es un largo camino en tan pocos días.

Aún, me atrevería a decir que lo que habían vivido antes de la Muerte de Jesús, es como una preparación; pues, lo más importante van experimentando con Jesús resucitado; y los cambios que viven en sus corazones son muy grandes; así es con la gracia del Señor; cuando llega la hora, donde todo nace, resucita.

La enseñanza de Jesús influye en la vida, no obstante, ahora es como si resucitase.

¿Cómo debemos entenderlo?; así como la Vida previene el tiempo de la siembra, de permanecer en la oscuridad de la tierra y de brotar lentamente, luego, viene el Crecimiento de Jesús en la vida de sus discípulos, en fin, la Obra más fuerte para ellos, porque no hubiesen podido llegar donde llegan, si Él no habría pasado por la Muerte a la Resurrección. Para el Señor todo es posible, sin embargo, parece que optó por el camino más claro.

Los discípulos podían apreciar el gran cambio en la Vida de Jesús, que lleva a la Resurrección; lo iban asumiendo en sus corazones; de repente, se les abre la gran Realidad, diría no esperada, no obstante, prevista por el Señor; y es lo que ellos necesitaban, lo que recibieron.

Quizás, la sorpresa más grande fue, tanto por la Resurrección como por las Vivencias de Jesús en sus corazones; pero fue necesaria para comenzar a predicar a Jesús, esta vez, con un

verdadero poder anclado en sus vidas.

El sufrimiento lleva su propio misterio; nos encierra en medio del dolor y de la desesperación, nos enceguece frente a las injusticias sufridas cruelmente; al darnos la sensación del abandono y de la soledad casi interminable, nos paraliza antes de poner el pie para hacer un nuevo paso.

Estamos en medio de una niebla muy oscura, aún vencidos; por eso, el Señor parece lejano, como si nos abandonase; si le clamamos, no nos escucha; y si reclamamos su presencia, se hace casi insensible.

Frente a esa realidad, el ser humano camina solo, mientras va sacando sus últimas fuerzas casi sin saber de dónde; así sigue su camino; ni siquiera tiene fuerza para levantar la cabeza, ni sabe gritar a los cielos por la injusticia que le pasa, y por la crueldad que enfrenta; entonces, sigue perdido en el mundo donde se juntó todo el dolor frente a la maldad.

Sin embargo, hay una fuerza que lo lleva en el camino de esa cruz; si la cruz es pesada, las fuerzas casi no alcanzan, pero son suficientes para dar un paso más; y al hacerlo, viene una nueva fuerza para dar otro paso y el otro, hasta poder llegar al destino que está previsto.

¿Quién está por detrás de ese camino?

¿Y quién cuida esos pasos casi perdidos?

En la hora de la lucha entre el cielo y la tierra, para enfrentar el mundo, hay que buscar al Señor; aún, en medio de la desesperación y el mundo muy adverso, surge la búsqueda del Señor cada vez más urgente; en ese camino entre la vida y la muerte, nacen las vivencias casi no esperadas.

¿Qué es lo que está por nacer?

¿Qué es lo que el Señor haría en nuestra vida?

Pero es el camino que hay que pasar antes de que el Señor

sea grande en nosotros, y que aparezca la fuerza que viene de Él, no sólo para nosotros, sino por la misión encomendada. Porque si la gran misión es enfrentar al mundo, antes, habrá que enfrentarlo en nuestro interior.

No sé si los discípulos ya comprenden el camino de Jesús, al experimentar lo que pasa en sus corazones, y las luchas y los sentimientos que se corresponden; quizás, Jesús les hace ver su guerra, y la deben vivir en su interior muy tensamente. Mientras Él aparece cada vez más claro en sus vidas, deben pasar por su guerra en sus corazones; en algún sentido, ellos participan de su Cruz y así, cruzan el camino desde la muerte hacia la vida plena.

Al poder vencer el sufrimiento de sus corazones, viene un Jesús más grande aún; y ellos lo ven claramente. Ya no morirá más en sus corazones, y sólo está para vivir. Recién ahora comprenden su gran misión, y las puertas están abiertas, tan sólo hay que esperar el Viento del Espíritu. Mientras reflexiono todo esto, me pregunto: ¿dónde estoy en la misión del Señor?

b. LA CRUZ ILUMINADA

Aparentemente, los discípulos ven a Jesús con más claridad; después de la Cruz y la Muerte, su Vida se les abre más aún, lo experimentan en su propia vida; es una visión distinta, y Él es diferente para ellos.

Esa visión tan profunda viene del Señor, mientras la vamos adquiriendo en nuestro corazón, y aún, Jesús sigue creciendo hasta dónde alcanzamos crecer por la misión encomendada.

Todo surge aún, en medio del dolor y de los fracasos. En algún sentido, Jesús se retira de sus discípulos y, de este

modo, se abre el camino para un Jesús aún más grande. Muchos de los cristianos no creen que puedan lograr intuir y aún vivir la Imagen de Jesús resucitado; otros creen que a esa Imagen la alcanzan fácilmente, aún, sin el dolor ni esfuerzos; por eso, no llegan lejos, se quedan con un Jesús que hallaron, y no es Él que lleva la Cruz y luego, resucita y se expresa en medio de las vidas.

Es ese Jesús que el mundo sigue buscando y de veras, quiere encontrarlo; en realidad, desea ver a los testigos de un Jesús que había vencido la muerte y al resucitar, entra en la vida de aquellos que lo buscan.

El dolor y el sufrimiento tan pegados al ser humano, están en el camino hacia el encuentro con Jesús; y hay que recorrerlo; en medio del sufrimiento, está el misterio del reencuentro con Él, resucitado; si aún no lo vemos, aparecerá claramente cuando salgamos a la luz.

Jesús dijo que había que seguirle, aún llevar su cruz; fue su consejo, antes de iniciar el camino que se ponía muy difícil; en aquel entonces, unos se retiraron, y otros le siguieron con distintos ánimos; muchos se quedaron en el camino, y de los que llegaron al Cenáculo, sólo algunos sabían seguirle hasta el fin; y después de la Resurrección, vuelven a reencontrarse con Jesús, y retoman ese camino, mientras Él les enseña la nueva realidad, la que antes no hubiesen comprendido; a la vez, van descubriendo más aún, a un verdadero Jesús.

¿Qué puedo decir de mí?

¿Alguna vez sentí la voz de Jesús, que me llamaba?

¿En qué momento lo encontré?

¿Le dije de la cruz de mi vida?

¿Me aceptó que le siguiera, y que llevase mi cruz?

Hoy quisiese encontrar la respuesta y casi no la tengo.

Parece que necesito otro tiempo.

La cruz de mi vida viene la misma; si varias veces intenté huir de ella, y hasta me pareció que lo lograba, sólo fue mi ilusión; pues si dejo mi cruz, aún aparece.

Los que dicen que no llevan ninguna, se engañan a sí mismos; ¿y quién les creerá?; es la cuestión de llamar las cosas por su nombre, conscientes de la realidad que debemos enfrentar; lo que es cierto, que es distinta la cruz, mientras Jesús nos acompaña.

Voy descubriendo el verdadero sentido de mi cruz.

Jesús me da su paz y una nueva luz; me hace comprender mi vida de otro modo; ya acepto mi cruz como Él me lo había enseñado, para poder reconciliarme conmigo, y la llevo tras Jesús en el camino a su Muerte; si las cruces se confunden, es porque Jesús está en mi cruz.

¿Cuánto tiempo necesito para ver que la cruz aún me abre el camino a la vida?; creo que mucho tiempo, y casi no alcanza la Palabra de Jesús; pues, Él me dice y no sé si le creo.

Pero Él sigue, y voy quedándome, perdiendo las huellas.

Entonces me quedo triste y perdido una vez más; y mientras sigo triste, Él aparece como si fuese una visión; y me hace ver nuevamente, esta vez, graba sus huellas en mi corazón.

8. ECHEN LA RED A LA DERECHA Y ENCONTRARÁN PESCA. Jn 21,6

a. ENCONTRADOS EN LA MISERICORDIA

Hablamos de la Misericordia, para poder compartirla con los hermanos, pero antes la cultivamos en nuestros corazones abrazados en la Misericordia del Señor; es cierto también, que ese modo es muy eficiente para poder llegar al Señor; y lo descubrimos, mientras miramos nuestra vida con su luz, al hacer un largo camino, promovidos por su gracia. Luego, debemos dar testimonio de su Misericordia.

¿Por qué nos urge el tiempo?; hay muchos que, al oír sobre la Misericordia, aún hallan la fuerza que es del Señor, para iniciar el camino de regreso hacia Él.

Mientras la vida se confunde, el hombre logra aún su justicia y su razonamiento, que lo llevan a vivir de manera que no busca al Señor; entonces, la voz de la Misericordia que parecía extraña, aún lo despierta para volver a luchar; es la gracia del Señor en el mundo.

Hablar de la Misericordia, parece emitir una voz extraña en el mundo de cierta justicia humana; frente a un ser humano con sus posturas, es aún como hablar de un Señor débil; no obstante, Él tiene su modo para llegar al hombre; justamente, el camino de la Misericordia resulta apropiado, para aquellos que se consideran frágiles dentro de sí mismos.

Pero debemos recuperar la certeza para poder hablar; pues la convicción resurge en la profundidad de nuestro corazón.

Aún, podemos hablar de la Misericordia, mientras el corazón la vive; en otro caso, serían palabras aprendidas, no tendrían ninguna fuerza; entonces, ¿quién nos escucharía?

Y si no nos escucha, ¿cómo respondería al Señor?
Nuestra vida tiene los argumentos para poder ver su infinita Misericordia; y si no la vemos, es porque aún no nos hemos encontrado con el Señor plenamente.

La Misericordia es la más profunda comprensión de la vida; nos viene del Señor, para entrar entrañablemente en su modo de pensar, de sentir, frente a la vida que suele ser confundida. Si el ser humano busca luz, en algún momento, logra ver que su vida se hace comprensible en el clima de la Misericordia; pero, ¿cuánto tiempo tarda el hombre?; ¿qué camino hace, en qué tiempo, hasta que logre la comprensión que viene del Señor?

Es la comprensión que adquirimos poco a poco, en la medida en que Jesús entra en la vida, y Él vence los obstáculos; si es cierto que Él es la pura Imagen de la Misericordia, su Vida se impregna en nosotros, mientras Él cambia nuestro corazón, haciéndolo compasivo, para poder ver según la gracia del Señor; pues, la obra de Jesús es la de la Misericordia.

Lo que recibimos de Jesús, lo vamos transmitiendo; y a la Vivencia de la Misericordia la vamos entregando como el aire en un mundo cruel e injusto; de este modo, Jesús entra en las vidas, y nuestra tarea es continuar su obra como una respuesta por lo que es Él, en nosotros. Mientras Jesús nos inunda con la Misericordia, ya no sabemos callarnos, y lo misterioso es que los hermanos nos escuchan y responden al Señor.

Así Jesús sigue entrando en el mundo, y camina lentamente; siembra su luz, su paz, su amor comprensivo.
No vino para juzgarnos, sino para hablar de la Misericordia; el Padre quiso que éste fuera su verdadero paso.

A nosotros, nos queda anunciar a Jesús, para su pueblo.

b. LA ACEPTACIÓN

Me cuesta aceptar mi vida, así como es; me pregunto por las cosas que habían pasado; y aún no sé qué decir, porque cada palabra sería un juicio, una condena.

Este pensamiento me sirve para buscar a Jesús; quisiese saber lo que Él piensa de mi vida tan pobre; si me parece que lo presiento, aún no me atrevo a emitir mi juicio, porque su modo de ver, de sentir es distinto; Él ve de un modo pleno.

Voy desgastando mi vida, mientras pienso en mi realidad que me entristece y me asusta; sigo con mi vida de penas, no me libero de mis culpas; a ciertas vivencias aún no las miro de frente, ni tengo paz ante ellas; en esta vida Jesús entra; y si Él viene, entra luz; en medio de tanta oscuridad aparece el Sol; ¿qué puedo decir yo, frente al Sol que va entrando?

Si Jesús está presente, todo cambia; hasta lo más triste se transforma en una Vida, la que Él ofrece.

Si me detengo frente a mis culpas, y recorro en medio de mis penas, es porque es el tiempo que debo pasar; y mientras está Jesús, Él transforma mi vida que fue triste.

No comprendo nada; pero es cierto que Él, a las ruinas de mi vida las va transformando; parece que le sirven en esa nueva Construcción.

Pasan los días, veo a Jesús que obra en mí.

Mi vida se va levantando en medio de las cenizas de mi ser; si bien, vuelvo a mis penas, ya no son las mismas; por eso, agradezco al Señor, al superar aquél tiempo de sufrimientos; cada vez más, intuyo cierta relación entre mi realidad y la Vida que Jesús siembra en mi tierra; casi tuviese ganas de

agradecerle al Señor por mi tiempo perdido; pues es para que su obra pareciese aún más clara.

Muchas veces, le pregunté a Jesús por mí; pero sólo sentí su silencio, como si no necesitase hablarme; aún, si vuelvo al pasado, es para valorar la gracia del encuentro con Él; ya no es para condenarme ni juzgarme; y es lo que experimento, luego de vivir mis culpas, el desprecio y las condenas. Pero no es fácil cambiar mi modo de pensar; y si aún vacilo, el Señor vence mi condena, pues su gracia penetra mi ser.

Una vez, se me ocurrió pensar que mi vida debía ser así, con esos errores, penas y sufrimientos; y no encontré respuestas; fue como si Jesús aceptase mi modo de ver. ¿Es porque era mi modo, o Él iba infiltrando su pensamiento en mi corazón?; aún, me hacía entender que en medio de esa realidad podía buscarlo como lo busqué, mientras Él llevaba su gran obra en mi vida; sólo me hizo sentir que me quedase en paz conmigo, que no siguiese peleándome, ni me pusiese triste; pero para eso, yo necesitaba aún más tiempo.

Aún, me sirve para contemplar a mis hermanos perdidos en un mundo alejado del Señor, para aceptarlos en mi corazón; quisiese vivir comprendiéndolos como Jesús los comprende, amarlos como Él, y esperarlos como Él les espera. Entonces, les puedo hablar de Él y no serán palabras vanas; así, les trasmito a un Jesús que ellos buscan y necesitan.

Lo que queremos comprender en la vida de los hermanos, debe pasar por nuestro corazón; aquí está el inicio de la obra del Señor; lo que vivimos en nuestro corazón se hace grande para los hermanos, lo demás es lo que sobra y aún confunde; las palabras no sentidas en el corazón son sonidos raros, que si no se pierden y confunden más aún; y todo esto es

comprensible para aquellos que transmiten con la fuerza de sus corazones; no sólo lo entregan, sino que ven como crece la obra del Señor.

9. VAYAN POR TODO EL MUNDO
Y ANUNCIEN LA BUENA NUEVA. Mc 16,15

a. ¿QUÉ ESPERA EL PUEBLO?

Me detengo ante el pueblo que quiere escuchar; me pregunto por lo que espera y lo que necesita; muchas veces, me hago esta pregunta antes de pronunciar la primera palabra; pues quisiese que el Señor hablase por mí.

Sin embargo, no sé qué decir a ese pueblo que viene; si la gente viene, por algo lo hace, y no sé qué decirles; es lo que me pasa, no hallo la palabra y la sigo buscando.

¿Qué decir al pueblo que quiere escuchar, mientras el Señor me pone para que le hable?

No es cierto que el pueblo no quiera escuchar al Señor; creo que está inquieto, pero aún espera otra palabra.

Entonces, ¿estaría equivocado, como en tantas cosas que le pasan?; y si bien, no tiene claro lo que quiere, aún guarda un presentimiento; y cuando le llega lo que es verdadero, vuelve a reaccionar como lo debe hacer frente a la gracia del Señor.

En medio de tantas palabras que confunden al hombre y al mundo, nace la verdadera; en ningún momento de la historia está ausente la Palabra del Señor, y si por algún tiempo, el hombre se descuida y no la escucha, luego vuelve con más insistencia, pues, quiere escuchar lo que es verdadero, que lo une a lo más profundo de su ser.

El hombre, por más perdido que fuese, siempre se queda con el presentimiento que renace en su corazón; entonces, la voz viene como conocida; por más que fuese olvidada por mucho tiempo, viene reencontrada.

Jesús viene al mundo con su propio modo de expresarse, con

la Palabra tan propia del Señor, la que nos llega en medio de los presentimientos en los corazones perdidos; en su Palabra, nace como un hilo entre el Señor y el corazón humano; y mientras el corazón encuentra ese hilo que lo une al Señor, comienza a resurgir.

¿De qué manera lo hace Jesús, cómo llega al hombre? Ciertamente es una Buena Nueva; el Señor llega a la puerta y el hombre, si quiere, le responde; y es siempre por su bien.

Jesús hablaba de un modo diferente, no como los instruidos en la predicación de aquel tiempo; y parece que mucha gente percibía esos estilos de hablar y por algo, buscaba a Jesús. Y también es cierto que no todos lo comprendían; mientras Él hablaba, los que querían escucharlo lo oían, pero otros aún se enojaban, y algunos se escandalizaban.

Los que lo escuchaban en su interior, le respondían; mientras tanto, recibían luz para enfrentar sus vidas.

Quien quería escuchar su Palabra, la descubría en medio de su realidad; porque la Palabra del Señor llega de este modo, si es que el hombre quiere recibirla.

¡Cómo quisiese recuperar la fuerza de la Palabra de Jesús! No es tan común en medio del pueblo, ni la escuchamos con tanta frecuencia, no obstante, está por nacer a cada instante, si la buscamos y queremos encontrarla.

Es la Palabra que debemos recuperar y con ella, llenar toda la realidad; entonces, hasta la vida muy perdida y confundida se halla, al recibir la Palabra de Jesús.

Esa Palabra nace en el corazón que ya encuentra a Jesús, al verse transformado por la gracia del Señor; pronunciada, se proyecta como el respiro del espíritu que intuye lo que debe decir, y en qué tiempo.

Si espera la Venida del Espíritu, la gracia podría ser aún más

grande, al poder expresar la riqueza que viene del Señor.

Si bien, es importante buscar cómo hablaría Jesús en nuestro tiempo, y ver su modo de expresarse, lo que aún más vale es guardar la Vida que Él transmite, para poder llevarla a los hermanos y al mundo.

Jesús deja su Vida en nuestros corazones, porque sin ella, el Mensaje quedaría muerto; de este modo, su Mensaje renace en los corazones transformados por Él, para llegar al mundo, como Él quiere que llegue; la fuerza del Evangelio se guía por la Vivencia; está anunciada por el corazón que vibra con la misma Vida.

b. ¿CÓMO HABLA JESUS?

Te sigo buscando, Jesús, para verte cómo hablas.

Mi corazón está atento por cada gesto tuyo; quiere verte en medio del pueblo, cómo lo saludas, qué le dices.

Con esa inquietud camino, pregunto por Ti; y no lo voy a aprender de ningún libro; sí, lo encuentro en mi corazón que te escucha y te busca a cada instante.

Antes de preguntar cómo Jesús actúa frente a las vidas, me detengo para verlo cómo mira mi vida, cuando me dice su Palabra; es la que está en el aire de mi ser, y ahora la debo descubrir, escucharla con atención y sentirla en mi corazón, porque de otra manera, no cambiaría mi vida; y hasta que no llegue a oír a Jesús, quien me habla de corazón a corazón, no puedo hacer un paso esperado.

Señor Jesús, parece que vivencio tu Palabra en mi corazón; Tú estás, y la dices; es tan distinta de lo que suelo escuchar; nadie me ha hablado como tú, ni ha mirado mi vida como tú; nadie la entiende como tú, Señor.

Tu modo de hablar, de sentir es tan distinto; ¿es cierto lo que me dices?; como estoy acostumbrado a otra palabra, aún me cuesta creer en la Tuya.

Intuyo que eres paciente, me das tu tiempo; lo necesito hasta que se afiance tu Palabra en medio de mi corazón, aún muy perturbado.

Lo que me dices parece real; no obstante, estuve en el mundo y aún no hallo fuerzas para empezar a vivir.

Tú sabes que necesito ese tiempo para mí; algún día, si tu Palabra vence mi corazón, tu obra será más grande aún; así me inspiras, mi Señor.

Contemplo la ternura de tu rostro, la siento en mi corazón.

Tu mirada es profunda, tus pensamientos son limpios y tus juicios sanos; me siento como desnudo delante de ti, con mi realidad, no obstante, no me perturba tu mirada.

Estás más allá de mis actitudes y de mi dolor; si me miras y ves mi realidad, hay una fuerza que me sostiene; es porque estás en mi corazón para sostenerme.

Te siento en tus ojos que me penetran y llegan más allá de mi debilidad; y si me hablas, me lo dices de un modo, para que lo comprenda mi corazón.

Me hiciste entender mis culpas y mis debilidades, en mis caminos torcidos que para ti tenían un sentido; y quieres que lo vea y lo comprenda.

Trato de comprenderme y tú, a cada rato me sorprendes; es porque a cada debilidad mía la vas llevando por el camino de un crecimiento, sirviéndote de mi miseria.

Hoy te agradezco, mientras veo tu obra en mi vida.

¿Cómo te servirán mis debilidades, frente a mis hermanos?
Me harás ver sus vidas, para comprenderlas como tú quieres

que las comprenda, no como yo pienso.
No desees que las juzgue, ni que rompa unas cañas agitadas;
y lo que hiciste en mi corazón, comienza a dar frutos; como
ves mi vida, así empiezo a mirar a mis hermanos.
Ellos hasta se sorprenden y no creen; sin embargo, tu Palabra
les llega; algún día, les llegará más aún.
Todavía debes cambiar mucho en mí, mientras mi vida crece,
siendo tu obra; y estoy en tu camino.

A la Buena Nueva la voy anunciando a los pobres, tristes y
quebrados en la vida, a los que habían perdido el camino, y
no creen en el futuro; si tu Palabra llega, es porque mi vida
se pone como testigo de tu obra, Jesús.
Pues, llegaste a un pobre, a un triste, sin rumbo ni futuro; lo
levantaste y le enseñaste a caminar; y si voy anunciando la
Buena Nueva, digo lo que hiciste en mi vida; y esto tiene tu
fuerza, porque estás en tu obra y la anuncio.

10. LA PAZ ESTÉ CON USTEDES. Jn 20,20a

a. A HABLAR DE LA MISERICORDIA

No llega la paz al mundo, antes de que empecemos a hablar de la Misericordia del Señor, pues, su Misericordia rompe los hielos y las distancias; es una Gracia, parece, más grande para los hombres, hoy muy perdidos.

En ciertos periodos de la historia, la humanidad se da cuenta de que sólo la Misericordia es la que vale; son los tiempos de desgracias, cuando la humanidad está humillada; pero luego, al levantar su cabeza, aun le viene un tiempo como si ya no necesitase de la Misericordia del Señor; y no sólo no la busca como antes, sino la cuestiona y censura. Sin embargo, la humanidad aún no halla paz, hasta que no vuelva al Señor; y Él es como si se hiciese esperar con su Misericordia.

El mensaje de la Misericordia del Señor es pronunciado con frecuencia en la historia de los hombres; aún fue expresado de un modo fuerte por medio de un corazón sencillo, sensible ante el Señor, en la víspera de las guerras; prendió en aquel tiempo de dolor, cuando los hombres no sabían confiar en sí mismos, y la bestialidad fue como el pan cotidiano; en aquél entonces, el Viento del Señor llevaba a la Misericordia a los corazones, y la gente creía y confiaba.

Luego, no pasaron más de quince años desde que terminó la segunda guerra mundial, y no se vio tanta razón para el Culto de la Divina Misericordia, que fue expresado en el mensaje revelado a la Religiosa; aún se hallaron los argumentos para prohibirlo, porque la humanidad se fue por su camino, y no estaba tan destrozada ni tan humillada como antes; aún los hombres no se sentían tan perdidos; entonces, el mensaje

parecía como si no fuese real, ni del mismo Señor.

Y pasaron otros veinte años; por una de esas decisiones que vienen de sorpresa, volvemos a la hora de la Misericordia del Señor según las apariciones. El tiempo no apresura tanto, es más lento, pero se abren nuevas perspectivas; el Culto entra en nuevos continentes, casi sin saber por qué.

Luego viene la Encíclica sobre la Divina Misericordia; aún parece que no tiene tanta repercusión, pero el tiempo hace lo suyo; y esta vez, el Culto empieza a abrirnos para las nuevas vivencias que están por llegar; pues, cuando llegue la hora, estaremos bien despiertos; en fin, ¿qué tiempo nos espera?

Muchas veces, analizo esas circunstancias que despiertan la devoción de la Divina Misericordia; me fijo en la gente que la lleva; es que veo que el Señor pone la mano de un modo evidente; hoy, no bien comienzas a hablar de la Misericordia, el pueblo está atento; hay un sector del pueblo muy sensible por el Culto que surge en el mundo, y no es porque se hacen grandes campañas.

Me acuerdo del lugar donde el Culto se desarrolla con mucha fuerza; y empezó por una pequeña Imagen en la calle de Roma; esa Imagen, levantada del suelo, sirvió para iniciar el Culto en otro continente; ¿y quién lo entiende?

Hoy, tenemos miles y miles de los entregados por este Culto; ellos humildemente lo propagan, casi sin hablar; como es tan sencillo, llega a los corazones.

La Imagen de Jesús Misericordioso, como una expresión de la Misericordia del Señor, tiene algo en sí, como si estuviese ungida para siempre; con sólo mirarla, despierta el corazón y lo promueve, anticipando la gracia que nos espera.

Jesús llega a los corazones, como caminando hacia nosotros.

b. UNGIDOS POR EL SEÑOR

Según el mensaje transmitido por la Hermana Faustina, los que hablan de la Divina Misericordia, reciben la gracia de un modo privilegiado; su Palabra es ungida para poder llegar a los corazones endurecidos, siempre con la gracia del Señor y por la salvación del hombre; el mismo Señor previene ese tiempo para hablar de la Divina Misericordia.

Una gran gracia toca mi corazón para que empiece a hablar, aún sin comprender por qué debo hacerlo; y no bien digo la Palabra, el pueblo la siente; me quedo sorprendido, pero la Palabra me lleva; entonces, sigo hablando.
¡Cómo no hablar si el Señor me llama para que lo diga!

Pues la Misericordia es la que adelanta el paso del Señor; así el corazón empieza a entregarse, para estar en la Vivencia del Señor; y mientras el corazón vibra, la Palabra se hace más fuerte aún.

Los que predicán la Misericordia, no la abandonan jamás, y seguirán llevándola de las vivencias de su corazón.
Es la Palabra entre el corazón de quien habla y el pueblo que lo escucha; resuena por todas partes, y siempre llega; no hay otra palabra que llega al corazón de tal modo; parece una de las más grandes para nuestros tiempos.

Desde que hablo de tu Misericordia, Señor, algo cambia en mí; si mi vida desea guiarse según tus principios, es porque tocas mi corazón de un modo misterioso; me vas llevando por tu camino, al ver tu Misericordia en los hombres y en la realidad.

Y los que me escuchan, saben que hay algo extraño en mí; y

lo ven como una gracia del Señor; ya no se preguntan, sino que quieren recibir lo que el Señor tiene guardado para ellos; si pasa por mi corazón, es para ellos y de este modo, el Señor los reconcilia y los pacifica.

Él es tan grande en su Misericordia.

No tengo otra palabra; y es la vida que me lleva a hablar; es como si fuese del Corazón del Señor.

Él se hace misericordioso en medio de mi vida; entonces, que sea misericordioso con mis hermanos.

Ya son muchos que lo viven en sus corazones; y cuando les hablo, no es sólo desde mi corazón, sino desde las vivencias que nos envuelven.

¡Cuántos corazones contagiaste Señor, por mi palabra sobre la Misericordia!; ¡cuántos hablan cada vez más!

Se despiertan con la primavera de sus nuevas vidas, mientras van llevando tu Mensaje de Paz y de Misericordia.

Es tan grande lo que viven y lo que hacen; y tú, Señor, estás en sus pasos; y lo que experimentan, es porque tú habías sido misericordioso con ellos; ahora, llevan esta gracia al mundo de los hermanos; tan sólo hablan de la Misericordia.

Es el Mensaje para nuestro tiempo que espera del Señor.

Prologo	3
1. Contemplan al que traspasaron.	7
a. frente a la vida	7
b. al recorrer el camino	9
2. ¿Quién nos removerá la piedra del sepulcro?	13
a. deseo llegar a mis hermanos	13
b. vengo con Jesús	15
3. Han sacado al Señor de la tumba	
y no sabemos dónde lo han puesto.	19
a. al pasar por la muerte	19
b. te busco, Jesús	21
4. No teman; vayan a anunciarlo a mis hermanos.	23
a. no debo condenar jamás	23
b. al estar con el corazón	25
5. He visto al Señor.	29
a. ¿cuál Jesús está en mi vida?	29
b. quiero estar en tu corazón	31
6. En es momento se le abrieron los ojos y lo reconocieron.	35
a. ¡cómo cambia el sufrimiento!	35
b. vuelvo a mirar	37
7. Y ustedes son testigos de todo esto.	41
a. contemplando el cambio	41
b. la cruz iluminada	43
8. Echen la red a la derecha y encontrarán pesca.	47
a. encontrados en la Misericordia	47
b. la aceptación	49
9. Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva.	53
a. ¿qué espera el Pueblo?	53
b. ¿cómo habla Jesús?	55
10. La paz esté con ustedes.	59
a. a hablar de la Misericordia	59
b. ungidos por el Señor	61

